

No evitaba la guerra sino que parecía alimentarla. El ruido del exterior me penetra mientras intento descansar sobre el gélido suelo del bunker. Llevo en la misma posición más de veinte minutos, encogida para intentar conservar el poco calor corporal que aún me queda. La sala desprende un olor nauseabundo fruto de una mezcla de latas de alubias abiertas y podridas, excrementos de rata y aquel bulto horrible que yace en el fondo, lo más apartado posible. Aunque me hallo sola en el refugio, no siempre fue así. Hace 37 días que ocurrió y aún sigo viéndolo de vez en cuando. Recuerdo perfectamente la expresión fría de aquel soldado que, sin pensárselo, disparó a la persona que más quería dejándole inmóvil ante mis ojos. Los rusos irrumpieron arrasando con todo lo que se les ponía por delante. Logré esconderme detrás de un viejo armario metálico que se encontraba en la esquina del búnker, pero él no tuvo tanta suerte. No se molestaron ni en llevarse su cadáver. Reuní las fuerzas suficientes como para echarle la única manta que tenía por encima. Prefiero morir de frío que verlo así cada día. Han pasado 37 días. 37 días de silencio. Lo único que me mantiene con vida son las provisiones que por suerte decidí traer y este patético cuaderno. Si la guerra no acaba conmigo, este lugar lo hará.

Carla P. M-C (1 B BACHILLERATO)